



número 39 (primer semestre 2019) - number 39 (first semester 2019)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Capitalismo y relaciones de género. Elementos para una lectura categorial

Facundo Nahuel Martín¹

¹ UBA-CONICET
facunahuel@gmail.com

Resumen

En este trabajo sostengo que el capitalismo tiene una relación *contradictoria* con las relaciones de género. Por un lado, recupero a Roswitha Scholz, para quien la sociedad capitalista ha generado históricamente la *familia patriarcal heterosexual* como unidad normal de reproducción de la fuerza de trabajo. Asimismo, y contradictoriamente con lo anterior, la sociedad capitalista tiende a eliminar las relaciones de dominación personal o directa que caracterizan a las sociedades precapitalistas. Este cambio genera las condiciones para una pluralización históricamente inédita de las relaciones de género. El capitalismo, en síntesis, ha mantenido una relación *estructuralmente contradictoria e históricamente cambiante* con el género. Produce un tipo de dualismo heteronormado y patriarcal que asigna de modo hegemónico las actividades reproductivas a las mujeres y el trabajo asalariado a los varones. Por la otra, da lugar a un nexo social que hace posible el cuestionamiento del propio dualismo heteronormado de género.

Introducción

Las discusiones del feminismo marxista poseen ya algunas décadas y han producido intervenciones de peso, en particular vinculadas a los intentos por definir un patriarcado específicamente capitalista. Este proyecto teórico y político ha discutido la generización socialmente construida del trabajo doméstico, atribuido predominantemente a las mujeres y que no aparece en el capitalismo como trabajo creador de valor. Las discusiones permitieron revelar una solidaridad sistémica entre capitalismo y patriarcado vinculada con la reproducción de la fuerza de trabajo.² Sin embargo, los debates del feminismo marxista tendieron a quedar relegados a partir de los años '90 (aunque no desaparecieron). Se desarrollaron entonces dos movimientos simultáneos: una general "crisis del marxismo", con el consecuente retroceso de la teoría crítica del capitalismo en los ámbitos tanto académicos como políticos, y la aparición de las contribuciones novedosas y significativas como la teoría queer (Butler, 1990; 1993). Apareció entonces un nuevo eje de investigación fuertemente anti-esencialista, que discute las formas de construcción de las identidades de género y la matriz heterosexual que asocia sexo, género y orientación sexual como elementos en continuidad forzosa. Con excepciones importantes, que mencionaré más abajo, la teoría queer no siempre volvió sobre los problemas del "viejo" feminismo marxista, preocupado por la separación entre producción y reproducción, la feminización del trabajo doméstico y la generación de privilegios patriarcales en el trabajo asalariado. El feminismo marxista, por su parte, supo en ocasiones dar por buenas ciertas categorías no problemáticas de "varones" y "mujeres" sin realizar una interrogación más profunda en torno a la constitución social de los géneros como tales. Con algunas salvedades, el debate del feminismo marxista tendió a verse eclipsado, mientras que las poderosas contribuciones de la teoría queer no siempre recuperaron los aportes del feminismo marxista precedente. Esto deja cierta vacancia para la investigación sobre el vínculo entre capitalismo y relaciones de género desde una perspectiva constructivista, que tome en

² Se puede mencionar a Christine Delphy (1985), María Rosa Dalla Costa y Selma James (1975), Shulamith Firestone (1976) como referentes de la renovación radical del feminismo en los años setenta. Para la relación entre capitalismo y género, puede verse a Lydia Sargent (1981), Iris Young (1992, 1997), Heidi Hartmann (1983) y Gayle Rubin (1986), Antoine Artous (1982). Para una introducción general a estos debates, puede verse Arruzza (2015). Recuperaré especialmente los aportes de Rubin y el debate entre Young y Hartmann, pero introduciré sus ideas directamente en la conclusión, cuando trate una evaluación crítica del pensamiento de Scholz.

consideración la escisión entre trabajo creador de valor y trabajo doméstico para la constitución de los géneros modernos.

El debate sobre el vínculo entre capitalismo y relaciones de género, asimismo, ha conocido cierta reapertura en los últimos años. Los estudios de Federici (2004) sobre la acumulación originaria y la construcción de una dominación masculina específicamente moderna han sido especialmente significativos. Otro tanto puede decirse de los trabajos de Cinzia Arruzza (2014; 2015), que han tenido una amplia recepción. Estos aportes dan cuenta de cierta nueva preocupación por los viejos problemas planteados por el feminismo marxista en un contexto que ha atravesado el cuestionamiento al esencialismo del género formulado por la teoría queer. Algunos autores que reivindican la categoría de “marxismo queer” (Drucker, 2015; Floyd, 2009) también intentan construir puentes entre las políticas de puesta en cuestión del género y la crítica radical del capitalismo.

Durante los años '90, Nancy Fraser y Judith Butler mantuvieron un importante debate sobre la relación entre el cuestionamiento de las identidades de género y la economía capitalista. Fraser (1995) ha señalado los peligros de lo que ve como un repliegue del feminismo sobre una política “culturalista” centrada en el reconocimiento y formulada a expensas de las viejas demandas de redistribución económica. La autora propone entonces un “dualismo perspectivo” donde demandas de reconocimiento y de redistribución se intercalan sin diluirse entre sí. Butler (1998), en un famoso artículo, responde a Fraser reconstruyendo una teoría sobre la unidad sistémica entre el sostenimiento del capitalismo y la reproducción de patrones familiares heterosexuales. Si bien Butler no prosiguió este debate, la discusión da cuenta de una preocupación creciente por salir de la disyunción entre estudios queer de sesgo culturalista y estudios marxistas-feministas que partirían de un binarismo de género estático. Este giro abre la posibilidad de plantear un estudio sobre el vínculo entre la constitución de las identidades de género dominantes y la aparición de la sociedad capitalista. Es posible imaginar una teoría de las relaciones de género en el capitalismo que, recogiendo algunas formulaciones del feminismo marxista, a su vez tome en consideración las contribuciones de la teoría queer sobre el carácter construido del género.

En línea con las nuevas discusiones que intentan articular la crítica del capitalismo y la del heteropatriarcado, apuntaladas en un constructivismo del género orientado económicamente, Amaia Pérez Orozco y Sara LaFuente se preguntan: “¿es el binarismo heteronormativo el régimen de política sexual del capitalismo?” (2013: 99). Las autoras responden que, pese a la “capacidad del capitalismo para integrar cualquier diferencia siempre que se pueda hacer negocio con ella” (Lafuente y Orozco, 2013: 99), efectivamente este modo de producción supone una forma de heteronorma patriarcal. Su argumento es que la sociedad del capital presupone una división dicotómica del mundo, donde lo masculinizado goza de una ficción de independencia (el “trabajador champiñón” que se cree afectiva y materialmente autónomo), pero que en los hechos es sostenida con las tareas reproductivas invisibilizadas y relegadas a los cuerpos feminizados. Estas autoras, en otras palabras, asocian de manera sistemática la “posición de los sujetos en las esferas socioeconómicas” (LaFuente y Orozco, 2013: 100) con la producción de las identidades de género hegemónicas en el capitalismo. La dualidad que divide a la sociedad en esferas contrapuestas de trabajo doméstico y producción para el mercado, entre tareas reproductivas minusvaloradas y trabajo asalariado creador de valor, no solo responde a la lógica capitalista que pone la acumulación por sobre la sostenibilidad de la vida, sino que también crea una dualidad heteronormada de géneros, que descarga sobre las subjetividades feminizadas las “dimensiones de la vida que no son rentables, de las cuales los mercados se desentienden” (LaFuente y Orozco, 2013: 101).

Asimismo, para profundizar la discusión sobre capitalismo y constitución de las identidades de género es preciso dar cuenta del tipo de comprensión crítica del capital que se enarbola. En este trabajo seguiré laxa pero ampliamente a Moishe Postone y su reformulación categorial de la teoría crítica de Marx, que ofrece “una amplia y coherente crítica social, política y

cultural adecuada a la sociedad capitalista contemporánea” (Postone, 1993: 16).³ Postone, en parte heredero de la teoría crítica de la sociedad de Adorno y Horkheimer, reconstruye las formas de mediación social que estructuran a la sociedad capitalista, interpreta el pensamiento de Marx como una teoría de la forma social capitalista como tal. La teoría crítica, así concebida, “podría ser útil para analizar los nuevos movimientos sociales de las últimas dos décadas” (Postone, 1993: 37). Hoy las políticas emancipatorias en sentido amplio guardan una relación explícita y activa con una serie de experiencias de conflictividad irreductibles al movimiento obrero en el sentido del marxismo tradicional (lo que no significa que no tengan determinaciones de clase). Estos movimientos se organizan en torno a cuestiones como el género, la identidad, la relación con el medio ambiente, la raza o la cultura. La lectura categorial de Marx desplegada por Postone, en cuanto pretende ser un análisis integral de la sociedad moderna, incluye factores económicos y culturales, contempla tanto las relaciones materiales como la subjetividad y debe tener especial interés en (y desarrollar recursos teóricos para) dar cuenta del vínculo entre la constitución de las identidades de género y las formas de mediación en el capitalismo.

En el primer gran movimiento argumentativo de este artículo, recuperaré las formulaciones de Butler sobre el vínculo entre capitalismo y construcción heteronormativa de las identidades de género, tratando de mostrar que la teoría queer no ha permanecido completamente indiferente a los problemas legados por el feminismo marxista. Sobre esa base volveré sobre las ideas de Roswitha Scholz, pensadora de la *Wertkritik* alemana, que ha desarrollado una importante contribución a pensar las relaciones de género en el capitalismo. Esta autora parte de los trabajos de Moishe Postone y Robert Kurz, pero imprimiéndoles un importante giro marxista-feminista. Privilegiaré los aportes de Scholz por sobre otras feministas marxistas por su afinidad con el marco categorial general con que trabajo en el artículo.⁴ Según Scholz, *la crítica del valor y las formas sociales asociadas debe suplementarse con una crítica a la escisión del valor [Wertabspaltung] en el capitalismo* (2014). Esta escisión divide la vida social en dos grandes esferas: el trabajo creador de valor y las actividades reproductivas. El trabajo productivo es jerarquizado socialmente y asociado a la masculinidad, mientras que las actividades reproductivas, realizadas fundamentalmente en la esfera doméstica, son subalternizadas y vinculadas con lo femenino. De este modo, aparece una dominación social que no es puramente impersonal, anónima y abstracta sino personal y directa, ejercida por los varones sobre las mujeres. Siguiendo a Amaia Pérez Orozco, tataré mostrar que la escisión del valor es constitutiva de los géneros hegemónicos en el capitalismo, de manera que las propias identidades dominantes de varones y mujeres se *construyen* en relación con esferas económicas escindidas. Estas consideraciones conducen a una primera aproximación al vínculo entre constitución de las identidades de género y capitalismo: feminismo marxista (tomando el caso de Scholz, leído con algunas cualificaciones) puede ponerse en diálogo con las interrogaciones queer sobre la *invención de los roles de género dominantes* en la sociedad capitalista. Con este primer arco argumentativo intentaré establecer, entonces, que las identidades dominantes masculinas y femeninas son co-constituídas en la escisión capitalista entre trabajo creador de valor y tareas reproductivas invisibilizadas. Si el capitalismo se ha basado en la institución de la familia patriarcal heterosexual como unidad normal de reproducción de la fuerza de trabajo, entonces esta forma social ha construido correlativamente un tipo de patriarcado heterosexual que le es específico y, con ello, ha dado lugar a una forma de constituir las identidades masculinas y femeninas dominantes.

En un segundo gran movimiento conceptual, trataré de mostrar que el capital, contradictoriamente con lo anterior, *también pluraliza dentro de ciertos límites las identidades de género*. Volveré sobre los estudios de D’Emilio (2006), que ha destacado algunos vínculos importantes

³ Todas las citas de lenguas extranjeras a lo largo del texto son de traducción propia.

⁴ En este punto me basaré largamente en un artículo previo (Martin, 2017). En este trabajo haré un énfasis nuevo en los aportes de la teoría queer y la deconstrucción de los binarismos de género, que no había tratado en el trabajo anterior.

entre el desarrollo del capitalismo y la invención de la identidad gay en Estados Unidos. El trabajo de Postone asume un nivel de abstracción que se presenta como indiferente al género. Scholz, en cambio, se concentra principalmente en las formas de dominación masculina propias de la modernidad capitalista. Volviendo sobre los argumentos de D'Emilio es posible mostrar cómo la propia dinámica del capital, al tiempo que se asocia a una forma de dominación masculina heterosexual, es simultánea y contradictoriamente posibilitadora de nuevas relaciones de género, que ponen en cuestión a la propia norma patriarcal heterosexual. El capitalismo es contradictoriamente opresivo y posibilitador en relación con el género. Esta dualidad se funda en la constitución del nexo social, donde las personas no se relacionan a partir de vínculos directos de dominación sino mediante relaciones objetivadas y abstractas, lo que habilita una pluralización parcial de las trayectorias biográficas y personales que es específica de la sociedad moderna.

Sobre la base de este segundo gran movimiento argumentativo, voy a sostener que el capitalismo mantiene una relación *contradictoria* con el género en cuanto estructura una forma de patriarcado heterosexual (constituyendo identidades de género hegemónicas de modo acorde) y, al mismo tiempo, produce las condiciones para socavarlo, cuestionarlo y potencialmente destruirlo. El tipo de mediación social capitalista no ha sido históricamente indiferente al género, pero tampoco guarda una correspondencia exclusiva con la dominación masculina y heterosexual. Efectivamente, la sociedad capitalista ha generado históricamente un tipo *específico* de relaciones e identidades de género, que no son un mero resabio del pasado precapitalista y que se fundan en la *familia patriarcal heterosexual* como unidad normal de reproducción de la fuerza de trabajo (con la construcción de las identidades de género dominantes asociadas a ello). En torno a esta dominación se estructura una serie de privilegios masculinos en el hogar y en el mundo del trabajo, así como la implantación de la norma heterosexual como modelo de las identidades de género hegemónicas. Los sentidos dominantes sobre lo que significa ser un varón y una mujer, así como la división de esferas de la vida colectiva en torno a esos sentidos, se han vinculado a la forma de mediación social en el capitalismo de modo no contingente.

Por otro lado, y contradictoriamente con lo anterior, en el capitalismo tienden a verse suprimidas las relaciones de dominación personal o directa que caracterizan a otras sociedades históricas (o, mejor, esas relaciones dejan de estructurar el vínculo social de modo fundamental). Este cambio genera las condiciones para una pluralización novedosa de las relaciones de género, incluyendo la visibilización y politización de identidades sexo-genéricas en disidencia con la normatividad de la heterosexualidad patriarcal obligatoria. En las relaciones sociales capitalistas las personas son dominadas por compulsiones sociales objetivas abstractas antes que por lazos de dependencia directa entre individuos o grupos. Articulando el planteo de Postone con los análisis históricos de John D'Emilio, intentaré explicar cómo los movimientos que cuestionan la dominación masculina y la heterosexualidad obligatoria se relacionan *contradictoriamente con la forma social del capital* y sus transformaciones en las relaciones sociales. Esto genera posibilidades para que se constituyan identidades subjetivas y sexualidades de nuevas maneras, así como para poner en cuestión la dominación masculina heterosexual estructurada en torno a la división entre la producción y la reproducción.

Sintetizando los dos grandes arcos argumentativos reseñados, trataré de formular los rudimentos una *teoría crítica de las relaciones de género en el capitalismo*, centrándome en la construcción de las identidades de género bajo las condiciones capitalistas que dividen la producción de valor de la esfera reproductiva. Es preciso, sostendré, concebir a la modernidad del capital como un proceso fundamentalmente contradictorio donde se aúnan formas de dominación y posibilidades emancipatorias. Se trata de discutir las visiones unilaterales que enfatizan ya el carácter de dominación, ya el carácter liberador de la modernidad constituida. Voy a tratar de mostrar que el capitalismo instituye un tipo de patriarcado heterosexual articulado con sus categorías sociales específicas (la producción de mercancías, el trabajo creador de valor y la esfera desvalorizada de la reproducción) al tiempo que genera las condiciones de posibilidad para su crítica, haciendo retroceder las relaciones de dominación personal o directa.

1) Primer movimiento argumentativo: capitalismo y patriarcado heterosexual

1.a) La teoría queer y la crítica del capitalismo

La teoría *queer*, que tuvo su mayor desarrollo durante los años '90, impugna la esencialización de las identidades de género, tratando de revelar que éstas son construidas, resultados históricos contingentes de articulaciones culturales y lingüísticas. Desandando el binarismo sexo-género que en los hechos refuerza la construcción de las identidades hegemónicas, esta teoría insiste en que las dualidades sexuales estructurantes de nuestras identidades establecidas (mujer-varón, homosexual-heterosexual, cisgénero-transgénero) son resultados contingentes de procesos históricos.

Esta forma de pensamiento busca la desontologización de las identidades de género, poniendo de manifiesto del carácter construido y contingente de las mismas (Gross, 2016: 246). Tales identidades se levantan *performativamente* en una serie de actos lingüísticos que sancionan, ponen y constituyen aquello que nombran. Contra la lectura que presupone el carácter esencial, ontológico y ajeno al cambio de las identidades de género constituidas, Butler insiste en un constructivismo radical del género.

Las identidades de género, para Butler, se constituyen a través de las *continuas prácticas de citación del código* efectuadas por los sujetos. Éstos se constituyen como tales a partir de esas constantes prácticas, con lo que son los actos performativos de inscripción en el lenguaje los que los constituyen como tales. Sin embargo, no hay identidades completamente rígidas previas a los actos de citación. Por el contrario, las iteraciones del código en cada acto generan constantes desviaciones, modificaciones y alteraciones del código mismo. Luego, las identidades de género se van transformando en la miríada de actos en que son citadas y re-citadas contingentemente. Con todo, el éxito siempre provisorio de una performatividad depende de su capacidad para mostrarse como invariante, ajena al cambio, estable y rígida

Si un performativo triunfa provisionalmente (y voy a sugerir que el 'éxito' es siempre y exclusivamente provisional), esto no se debe a una intención que gobierna con éxito la acción del habla, sino sólo a que la acción hace eco de acciones previas y *acumula la fuerza de autoridad a través de la repetición o citación de un conjunto de prácticas previo* (Butler, 1993: 226-227, cursivas originales).

Esto significa que el género es una "interpretación" [*impersonation*] (Butler, 1993: 230) producida por la práctica de "incorporar normas" de modo socialmente "compulsivo" (Butler, 1993: 231). Los sujetos interpretan o *desempeñan* identidades de género. Las identidades mismas se van constituyendo en ese continuo acto de representación o escenificación. Las prácticas de citación, a su turno, son naturalizadas en un proceso que tiende a ontologizar la heteronormatividad, asumiendo una correspondencia entre la sexualidad, el género autopercebido y el deseo sexual. Las prácticas de nominación, en efecto, tienden a producir su propia naturalización al calar sobre los cuerpos y conformarlos según normas de género instituidas y establecidas

En este sentido, el performativo iniciatorio '¡es una niña!' anticipa la eventual llegada de la sanción 'los pronuncio marido y mujer' [...] En la medida en que nombrar a la "niña" es un acto transitivo, esto es, inicia el proceso por el cual un cierto "niñamiento" [*girling*] es compelido, el término, o mejor su poder simbólico, gobierna la formación de una feminidad actuada corporalmente *que nunca se aproxima por completo a la norma* (Butler, 1993: 232).

La identidad de género es entonces producto de la citación, forzada sobre las personas, de una norma plasmada en el lenguaje que se impone transitivamente sobre el cuerpo nominado a partir del performativo que la nombra como tal. “La feminidad no es por lo tanto el producto de una elección, sino la citación forzada de una norma” (Butler, 1993: 232). La formación de sujetos, por lo tanto, depende de normas en torno a las identidades de género que siempre están preconstituidas ante los sujetos, se imprimen sobre sus cuerpos y construyen sus identidades. Las identidades de género no son esencias preexistentes que luego se manifiesten en la acción ni pertenecen a un supuesto núcleo íntimo de las personas. La superficie de los actos de citación, por el contrario, *las constituye como tales*. El género se crea en el código lingüístico y la miríada de prácticas en que éste es citado por los cuerpos.

La variabilidad de las identidades constituidas no se desprende estrictamente de la acción voluntaria e intencionada de los sujetos construidos performativamente, sino del hecho de que las prácticas de citación no coinciden nunca con los patrones normativos naturalizados que las enmarcan. En los constantes actos de citar el código se producen modificaciones en cuanto las interpretaciones [*impersonations*] de las personas nunca coinciden de manera estricta con las normas impuestas previamente. “El carácter compulsivo de estas normas no siempre las vuelve eficaces. Tales normas son continuamente asediadas por su propia ineficacia” (Butler, 1993: 257). Los regímenes del género siempre fracasan en imponer sus propias normatividades de modo completo. Esta falibilidad constitutiva de las iteraciones performativas da lugar a cierta variabilidad de las identidades de género y a la posibilidad de citas irónicas y apropiaciones descontextualizadas que hacen zozobrar la rigidez de las identidades de género constituidas.

La teoría *queer*, por lo anterior, no aspira a la negatividad total o la desestabilización infinita de la identidad. “La meta de este análisis, entonces, no puede ser la pura subversión” (Butler, 1993: 240). Las variaciones en los modos de construir las identidades de género dominantes siempre se dan en el marco de las normas y *performances* preestablecidas, que difieren en el constante movimiento de su citación o iteración. No hay un afuera radical de las identidades de género heredadas

La performatividad describe esta relación de estar implicado en aquello a lo que uno se opone, este doblar al poder contra sí mismo para producir modalidades de poder alternativas, para establecer un tipo de contestación política que no es una ‘pura’ oposición, una ‘trascendencia’ de las relaciones de poder contemporáneas, sino un dificultoso trabajo de forjar un futuro desde recursos inevitablemente impuros (Butler, 1993: 241)

Butler busca reconocer los límites de toda identidad constituida (incluida la identidad *queer*) sin por eso negar el valor político de la identidad. Se trata de “expandir su rango” (Butler, 1993: 229) mostrando aquello que puede estar excluyendo u obliterando. El término *queer* (con “mujer” ocurre algo similar) es un nodo donde se solapan divisiones productivas, incluyendo grandes posibilidades de transformación de las identidades rígidas heredadas, pero también peligros de exclusión. “En algunos contextos (...) ha marcado un movimiento predominantemente blanco que no se ha dirigido completamente a la manera como ‘*queer*’ juega un rol –o fracasa en hacerlo– dentro de comunidades no-blancas” (Butler, 1993: 228). Butler, en síntesis, mantiene una actitud abierta ante las identidades constituidas, intentando revelar su carácter histórico-contingente y abogando por procesos democráticos de ampliación y alteración que modifiquen los binarismos rígidos heredados. Sin embargo, esto no implica una política de la subversión o negación indiscriminadas: se trata de mostrar cómo el código que impone las performatividades genera las condiciones de su alteración posible.

Este planteo, cuya productividad política y teórica es enorme, ha sido cuestionado por su carácter supuestamente “culturalista”. En el contexto teórico de los años ‘90, con la última crisis del marxismo en pleno desarrollo, Nancy Fraser (1995) hizo un agudo cuestionamiento a lo que

parecía un descuido de las dimensiones económicas y materiales de parte del feminismo y la teoría queer, en un giro culturalista que privilegiaría lo simbólico de manera inadecuada y distorsionante. Butler ha respondido a estos cuestionamientos en el importante artículo de *New Left Review* "Merely Cultural" donde señala que la frontera entre cultura y economía no puede tomarse por estática y que las disputas centradas "culturalmente" de los nuevos movimientos sociales, en particular del movimiento queer, tienen implicancias económicas importantes. Retomando algunos argumentos propios del feminismo marxista y dándoles un giro queer, Butler habla de un "orden sexual de la economía política" donde "la heterosexualidad y sus 'géneros' son producidos en la esfera de la reproducción" lo que viene de la mano de la producción compulsiva de las identidades no heteronormadas como "abyectas" (1998: 42). La marginalización de las sexualidades no-normativas es condición de la naturalización de la familia patriarcal heterosexual como forma normal de la reproducción social (y de la reproducción de la fuerza de trabajo). Si el capitalismo abarca, como el feminismo marxista se ha ocupado de mostrar, no solo la esfera de la producción sino también una esfera reproductiva familiar feminizada, entonces no se lo puede separar de la heteronorma. "Nótese que tanto el 'género' como la 'sexualidad' se vuelven parte de la 'vida material', no sólo por la manera como sirven a la división sexual del trabajo sino también porque el género normativo sirve a la reproducción de la familia normativa" (Butler, 1998: 40). En suma: no se puede, para Butler, separar la producción heteronormativa del género de la gestación de la familia heterosexual como unidad reproductiva "normal". El capitalismo presupone procesos de producción del género imbricados con la reproducción de la vida material. De este modo, el constructivismo del género desplegado por la teoría queer ha llegado a contemplar aspectos económicos ligados a las formas sociales de producción y reproducción: ámbitos como el trabajo asalariado y el trabajo doméstico (así como la separación entre ambos) son relevantes para la constitución de los géneros dominantes, lo que exige una teoría sistemática de los regímenes de producción de la identidad de género en el capitalismo.

1.b) La constitución de los géneros y el trabajo creador de valor

En esta sección voy a reconstruir la lectura feminista de Roswitha Scholz. Su pensamiento no se inscribe en las tradiciones posestructuralistas ni en el feminismo norteamericano, sino en el cruce entre las nuevas lecturas de Marx producidas en Alemania desde los años '60 y el debate marxista-feminista europeo y alemán en particular. Scholz formó parte del grupo editor de la revista *Krisis* junto con Robert Kurz, Anselm Jappe, Norbert Trenkle y Ernst Lohoff entre otros (debido a una escisión en el año 2005, la autora pasó a formar parte de un nuevo grupo llamado *Exit!*). Recuperando la crítica del trabajo en el capitalismo desplegada por Kurz, la pensadora da a la renovación del marxismo un giro feminista, siguiendo especialmente a Frigga Haug (1996). Intenta reactualizar el feminismo marxista en el contexto de relativo olvido (y adversidad al marxismo) de los años '90. Según esta autora, el capitalismo implica un tipo particular de dominación de los varones sobre las mujeres. La igualdad formal de la época moderna viene asociada a una subordinación social de las mujeres, no siempre visibilizada, estructurada en torno a las maneras diferentes como los géneros son construidos en torno a la creación de valor. Existe, por lo tanto, un patriarcado específicamente moderno o capitalista, ligado a las formas de mediación social en la modernidad. Las formas de sociabilidad del capital se basan en la igualdad formal entre las personas. Sin embargo, la dominación patriarcal parece insistir en la sociedad moderna, a pesar de diversas conquistas de los movimientos feministas. El patriarcado, que podría juzgarse como premoderno y precapitalista, persiste de diversas maneras a pesar de la supuesta tendencia del capital a la igualdad formal, garantizada por la disolución de los lazos tradicionales de dependencia personal.

Según Scholz, existe una forma históricamente específica de patriarcado en el capitalismo, o el propio capitalismo puede llamarse "patriarcado productor de mercancías". Esta forma de dominación masculina, sin embargo, se constituye en los específicos términos sociales del

capitalismo, donde priman la igualdad jurídica formal y la producción para el intercambio. “En las sociedades premodernas, por el contrario, se producía bajo otras relaciones de dominación (personales en vez de cosificadas por la forma de la mercancía) y principalmente para el uso” (Scholz, 2014: 48). La dominación social en el capitalismo se basa en la propia dinámica “tautológica” y “autotélica” del capital como sujeto automático del proceso social, movido por “mecanismos anónimos ciegos” (Scholz, 2014: 48) antes que por la dominación directa ejercida por grupos de particulares dados sobre otros. Sin embargo, existe una dominación masculina específica en el capitalismo, que es preciso reconstruir a partir la crítica de la *escisión del valor* [*Wert-Abspaltung*]

La crítica del valor y el trabajo abstracto no agota las dinámicas de dominación social propias del capitalismo. Es preciso dar cuenta también del hecho de que en el capitalismo se producen actividades reproductivas no encuadradas en el trabajo creador de valor, que realizan sobre todo las mujeres. La escisión del valor remite a la identificación de las actividades reproductivas identificadas sustancialmente como femeninas, así como los sentimientos, los atributos y actitudes asociadas con ellas (emocionalidad, sensualidad, cuidado, etc.), que son precisamente escindidas del trabajo creador de valor (Scholz, 2014: 49).

Si el capitalismo se basa en una lógica abstracta, anónima y cuasi-objetiva, que puede vincularse con la igualdad formal propia de las formas jurídicas capitalistas, sin embargo, esta lógica se monta históricamente sobre una forma de dominación masculina específica, que reformula y refuncionaliza en términos propios las herencias patriarcales de antaño. Esta dominación se vincula con la división del valor, que identifica el trabajo asalariado con lo masculino y a la vez feminiza y minusvalora las actividades reproductivas. La dominación patriarcal tiene una historia y un origen anteriores al capitalismo, pero muta de forma con esta nueva sociedad. “Con la universalidad de la forma de la mercancía alcanzó una cualidad completamente nueva” (Scholz, 2014: 50). El capitalismo pone una división patriarcal de las actividades sociales, asociando el trabajo creador de valor a la masculinidad (y a una serie de atributos subjetivos socialmente masculinizados, como la eficiencia, la competitividad, la agresividad); al tiempo que subalterniza y feminiza las actividades reproductivas, que aportan de manera indirecta a la reproducción de capital y se asocian a una serie de valores considerados femeninos, como el cuidado, la ternura, el afecto

Podría hablarse de manera algo exagerada del género masculino como del «género del capitalismo»; y, desde este trasfondo, cabría decir que una comprensión dualista de masculinidad y feminidad es la concepción dominante del género en la modernidad. El modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres (Scholz, 2014: 51)

La dominación social en el capitalismo, en suma, se caracteriza co-originariamente por la lógica abstracta del capital y por la dominación particularista de un nuevo tipo de patriarcado, asociado sistemáticamente a las formas modernas de reproducción social. Ambas lógicas son diferentes, irreductibles la una a la otra, pero mediatizadas de manera sistemática. No es posible derivar la escisión del valor de la lógica del capital, pero tampoco la inversa. La *Wert-Abspaltung* no es la contradicción fundamental de la sociedad del capital, pero tampoco es un corolario lógico de la lógica abstracta de la valorización. La lógica capitalista que totaliza la sociedad en torno a la producción para el valor (fundada en la constitución de las relaciones sociales como cuasi-objetivas e independientes de los particulares) y la lógica de la escisión del valor (en virtud de la cual se separan la producción y la reproducción, al tiempo que se constituye esta última como esfera

feminizada) son irreductibles entre sí, pero se articulan sistemáticamente. “El valor y la escisión están en una relación dialéctica. No hay una jerarquía de derivación]” (Scholz, 2006: 2).⁵

La división del valor no es estática, sino que varía históricamente, así como lo hacen las formas sociales capitalistas. En la contemporaneidad “posmoderna”, las mujeres experimentan una “doble socialización”: al tiempo que siguen siendo responsables de los cuidados y las actividades reproductivas en el hogar, participan también del trabajo asalariado fuera de casa. Con esto no se desarma la raíz de las relaciones de género capitalistas, sino que las flexibiliza en un marco que no altera las bases formales de la *Wert-Abspaltung* [escisión del valor].

1.c) Constitución de los géneros y escisión del valor

Es preciso interrogar el pensamiento de Scholz desde algunas preguntas tomadas de la teoría queer, con el fin de precisar nuestra comprensión de las formas como se construyen los géneros en el capitalismo. La teoría de la escisión-valor, ¿se refiere a la constitución de los géneros en el capitalismo? ¿O bien a los modos como géneros preconstituídos, por ejemplo, en la biología, ocupan roles sociales en el capitalismo? La autora parece oscilar entre una consideración más cultural y otra más biológica sobre la diferencia de géneros. En un caso afirma que la escisión del valor no se refiere a “hombres y mujeres empíricos” sino a una “estructura cultural” (Scholz, 1992: 3). En cambio, en otro artículo posterior sostiene: “una diferencia entre el racismo y el sexismo es que la diferencia entre hombres y mujeres no puede ser dispensada, en cualquier sociedad, por lo menos por amor de la reproducción” (Scholz, 2004: 5). En otras palabras, no queda del todo claro si la escisión del valor remite a una estructura cultural que produce los conceptos socialmente hegemónicos de lo masculino y lo femenino o, por el contrario, si se trata de los roles sociales ocupados en el capitalismo por varones y mujeres con identidades de género preexistentes, constituidas biológicamente o en alguna otra forma transhistórica. Scholz (2004: 8) no ha reaccionado con afinidad a la teoría queer, considerándola básicamente expresión de la dilución de las fronteras identitarias en la socialización posmoderna contemporánea, que no superaría la escisión del valor.

En este punto es importante retomar algunos planteos de Amaia Pérez Orozco en relación con la constitución capitalista de las identidades de género modernas. Pérez Orozco, de la corriente de la economía feminista, parte de una constatación similar a la de Scholz: el capitalismo es una “cosa escandalosa” no solo porque se basa en la explotación, sino también –y más fundamentalmente– porque ordena la economía hacia la creación de plusvalía y no hacia la sostenibilidad de la vida. Partir de este concepto lleva a cuestionar la noción misma de riqueza: “aunque suele ampliarse el concepto de trabajo, en la economía feminista muchas veces se sigue usando un paradigma mercantil cuando se considera cómo se reparten los frutos de los trabajos, hablando solo en términos de ingresos (Pérez Orozco, 2014: 74). Al identificar riqueza y valor, o riqueza e ingreso monetario, no se cuestiona el nervio del capitalismo: que se produce para el valor y no para la vida, esto es “*para el sostenimiento de las condiciones de posibilidad de vidas que merecen la pena ser vividas*” (Pérez Orozco, 2014: 74, cursivas originales). Es necesario desnaturalizar el nexo

⁵ Este punto conduce a la discusión sobre la relación entre el trabajo creador de valor y el trabajo doméstico. Scholz no considera necesario incluir a las actividades domésticas reproductivas en la esfera del trabajo creador de valor. En cambio, cuestiona la escisión misma entre actividades domésticas y trabajo asalariado. Puede encontrarse un detallado análisis del debate del trabajo doméstico, con una posición similar a la de Scholz en este punto, en Fitzimons y Starosta (2016). Estos autores consideran que el trabajo doméstico se realiza bajo relaciones *personales* que no son formalmente subsumibles bajo el concepto de trabajo creador de valor en el capitalismo: “la verdadera razón que explica por qué el trabajo doméstico no genera valor es que no se trata de un trabajo cuya organización como parte del trabajo social global esté mediada por relaciones sociales *indirectas* entre productores *privados, autónomos y recíprocamente independientes*” (Fitzimons y Starosta, 2016: 11).

entre calidad de vida y consumo/salario (Pérez Orozco, 2014: 85). La identificación de ambas oculta roles invisibilizados que garantizan los deshechos de necesidades no atendidas por la economía del plusvalor, esto es, roles que se dedican a todo aquello que no puede resolverse en la economía capitalista orientada a la ganancia. El conflicto capital-vida remite a algo más amplio que las *crisis entendidas en términos capitalistas*, donde la acumulación se ve puesta en entredicho por su propia dinámica. Este conflicto estructura de manera global y generalizada las relaciones sociales modernas, donde la actividad económica reconocida como tal no se orienta a la satisfacción de necesidades sino a la acumulación.

Pérez Orozco formula una crítica de las identidades de género constituidas en el capitalismo, que en muchos puntos se acerca a la de Scholz (Briales Canseco, 2013, ha destacado esta afinidad). Primero cuestiona la idea de “trabajador champiñón”, esto es, el modelo subjetivo de un trabajador completamente independiente y auto-centrado, que reproduciría su vida a partir de ganar un salario y que no necesitaría vínculos de cuidados con nadie. Se formula entonces una subjetividad centrada completamente en el mercado, que sólo visibiliza las actividades ligadas a la producción (de valor). “El *trabajador champiñón*: aquel que solo importa en la medida en que se incorpora al proceso *productivo*. No importa dónde estaba antes de llegar a la empresa ni a dónde va cuando se marcha” (Pérez Orozco, 2014: 154, cursivas originales). Este trabajador aislado, solo, se construye sobre la base de la invisibilización de los cuidados que garantizan su reproducción y sostenimiento. Su autonomía es, por lo tanto, el *velo* de su condición “explotadora” o su dependencia de trabajos invisibilizados realizados por otras personas, normalmente mujeres. “Alguien se ha hecho cargo de él cuando era niño, lo hace cuando se enferma, lo hará cuando envejezca; de alguna manera gestiona su regeneración diaria, tanto corporal como emocional” (Pérez Orozco, 2014: 154). La autora desnuda las pretensiones de autarquía de la subjetividad masculina hegemónica que se constituye y legitima en el mundo del trabajo productivo para el capital, mostrando su menesterosidad y dependencia con respecto a la esfera invisibilizada de los cuidados.

Sin embargo, Pérez Orozco no busca una “inversión de la perspectiva” sin más: no se trata de “pasarse al bando de los cuidados”. No hay una “lógica del cuidado” contrapuesta a la lógica del capital o de la acumulación. “No es un conflicto de lógicas” (Pérez Orozco, 2014: 114). La esfera de cuidados no es antagónica a la lógica del capital, sino que se complementa con ella. Asimismo, identificar a las mujeres con una ética del cuidado es reproducir una “comprensión binarista y heteronormativa de la vida y los trabajos” que lleva a “lodazales esencializadores y mistificadores” (Pérez Orozco, 2014: 115). La ética de los cuidados eterniza el rol que el capitalismo atribuye a las mujeres, así como el dualismo heteronormado entre la identidad femenina y la masculina. No se trata, contra la falsa independencia del “trabajador champiñón” capitalista y masculinizado, de contraponer una “lógica de cuidados” que sería en sí misma anticapitalista. Por el contrario, esta lógica reproduce los binarismos heterosexuales y familiaristas del capitalismo.

Pensar en una economía de la sostenibilidad de la vida, que genere las condiciones de posibilidad para que las personas construyan vidas dignas de ser vividas, significa para Pérez Orozco romper con el binomio que separa producción y cuidados, trabajo creador de valor y reproducción invisibilizada, tareas masculinizadas y feminizadas. En este punto, parece que coinciden los proyectos queer de deconstrucción del género y las agendas feministas anticapitalistas de superación de la dicotomía entre esferas masculinizadas y feminizadas de la actividad económica, a pesar de la hostilidad que Scholz ha mostrado hacia la teoría queer. Esta perspectiva coincide con la de Scholz cuando dice: “se torna evidente cuán errado es confirmar a las mujeres en su actual modo de ser o redefinir como superioridad su posición de inferioridad, transformándola en alternativa social” (Scholz, 1992: 17). La oposición entre actividades reproductivas y producción de valor aparece como funcional al capital y su lógica, así como a binarismos heteronormados y androcéntricos. En este punto, la crítica de Scholz al binarismo varón/mujer plasmado en la dualidad de trabajo creador de valor y tareas reproductivas coincide de hecho con la apropiación de Pérez Orozco de la teoría queer. La hostilidad de Scholz a esta

última, así como su tendencia –no sistemática, plasmada contradictoriamente– a pensar las identidades de género como un dato biológico, parecen inconsistentes con su crítica al dualismo de géneros como tal. El recurso al pensamiento de Pérez Orozco permite, pues, sintetizar de manera más consistente la vinculación entre capitalismo, patriarcado y heterosexualidad obligatoria.

2) Segundo movimiento argumentativo: capitalismo y pluralización del género

2.a) Capitalismo, mediación abstracta, identidad gay

En los apartados de arriba intenté reconstruir una articulación entre el marxismo feminista de Scholz y las preocupaciones queer por desontologizar el género. Intenté mostrar que el capitalismo gesta una forma de familia patriarcal que naturaliza también las identidades de género dominantes del binomio heterosexual. Ahora voy a investigar, basándome en un trabajo anterior (Martín, 2017) su efecto contradictorio sobre el género, basándome en las investigaciones de John D'Emilio y Moishe Postone.

Según Postone, la dominación social en el mundo no capitalista se basa en relaciones de dominación personal, mientras que, en el capitalismo, sería la propia forma cuasi-objetiva y abstracta del nexo social fundado en el trabajo la que constituye la dominación. “La dominación social en el capitalismo no consiste, en este nivel fundamental, en la dominación de la gente por otra gente sino en la dominación de la gente por estructuras sociales abstractas que la misma gente constituye” (Postone, 1993: 30). Voy a desarrollar un análisis de la relación entre el tipo de vínculo social objetivado y abstracto en el capitalismo y las relaciones de género. Siguiendo especialmente a John D'Emilio, trataré de mostrar que el capitalismo posibilita una *pluralización relativa y limitada de las relaciones de género*, en cuanto la forma social impersonal da a los individuos algunas posibilidades para construir de manera contingente su trayectoria de vida personal.

D'Emilio sostiene que, al menos en la historia de Estados Unidos, la construcción histórica de una identidad gay tuvo una relación no contingente con la aparición y difusión del trabajo asalariado. En la sociedad colonial precapitalista el “espacio social” para algo como un movimiento o una identidad gay no existía. Había, dice D'Emilio, *prácticas* que hoy llamaríamos homosexuales, que eran perseguidas (las fuentes hablan de “sodomía” masculina y “obscenidad” femenina). Pero las personas no construían identidades personales, al modo de las modernas identidades fundadas en la orientación sexual, sobre la base de esas prácticas sexuales. La sociedad colonial norteamericana, con una economía doméstica de autosubsistencia, se basaba en unidades familiares patriarcales que producían para el consumo directo y no para el intercambio de mercancías. Entonces el vínculo social fundamental se estructuraba en términos de lazos de dominación o dependencia (en términos de Postone, la mediación social era abierta o directa). En ese contexto, algo como la moderna “identidad” gay difícilmente podía desarrollarse, aunque hubiera, claro, prácticas homosexuales

La evidencia de los registros de la corte y la iglesia en la Nueva Inglaterra colonial indica que el comportamiento homosexual masculino y femenino existió en el siglo diecisiete. El comportamiento homosexual, sin embargo, es diferente de la identidad homosexual. Simplemente no había un «espacio social» en el sistema de producción colonial que permitiera a los varones y a las mujeres ser gay. La supervivencia se estructuraba en torno a la participación en el núcleo familiar. Ciertamente había actos homosexuales –sodomía entre los varones, «obscenidad» entre mujeres– en los cuales las personas se involucraban, pero la familia era tan dominante que la sociedad colonial carecía incluso de la categoría de homosexual o lesbiana para describir a una persona (D'Emilio, 2006: 64).

Al difundirse el capitalismo, la relación entre prácticas sexuales e identidad personal se modificó lentamente. Las familias dejaron de ser unidades de producción en cuanto la economía

de subsistencia fue desplazada y creció por doquier la producción de mercancías. El nuevo intercambio mercantil pasó a estructurar el vínculo entre individuos formalmente libres e iguales. Esto permitió que algunas personas abandonaran sus familias de origen y pasaran ganarse la vida a través del trabajo asalariado, muchas veces migrando hacia las ciudades. Las coacciones anónimas e impersonales del intercambio de equivalentes pasaron entonces a organizar la mediación social. La autoridad personal patriarcal tendió a ser reemplazada, en la economía del plusvalor, por mecanismos objetivados y anónimos. Dentro de ciertos límites esto permitió a los individuos construir trayectorias de vida particulares y diferentes. Apareció entonces el “espacio social” para que las prácticas homosexuales dieran lugar lentamente a la formación de nuevas identidades personales.

Así como Pérez Orozco cuestiona que los roles de género como los comprendemos hoy preexistan a la división social capitalista entre esferas reproductivas y productivas, D’Emilio discute con la idea del “homosexual precapitalista”. Las identidades sexuales, desde su punto de vista, son constituidas históricamente en relación con procesos de largo plazo en los cuales tiene importancia el “carácter disruptivo del capitalismo en relación con la moral familiarista tradicional” (Ben, 2006: 54). La sociedad capitalista, por no estar basada en un nexo social de tipo personal o directo, habilita posibilidades nuevas para que las personas construyan trayectorias de vida particulares y diferentes. El desarrollo de los vínculos abstractos del capital sería entonces precondition de ciertas posibilidades de pluralización de las trayectorias de vida individuales y colectivas

Al despojar al hogar de su independencia económica y desplazar los lazos de dominación personal, el capitalismo creó las condiciones que permitían a mujeres y varones reorganizar sus identidades y sexualidades. El capitalismo ha hecho posible la formación de comunidades urbanas de lesbianas y varones gays, y más recientemente, la formación de una política basada en la identidad sexual (D’Emilio, 2006: 63-64)

Con todo, el capitalismo no tendió solamente a pluralizar las trayectorias de vida particulares: “no podemos afirmar que se haya dado un golpe fatal al heterosexismo y la homofobia” (D’Emilio, 2006: 69). La persistencia de la norma heterosexual se funda en la “naturaleza *contradictoria* de la relación entre capitalismo y familia” (D’Emilio, 2006: 70, cursivas agregadas). Si el capitalismo socava parcialmente a la familia nuclear porque desestructura la dominación personal en la producción de valor, al mismo tiempo la constituye en la principal “fuente de amor, afecto y seguridad emocional” (D’Emilio, 2006: 70). En otras palabras, la tesis del retroceso de las formas de dominación personal no agota la caracterización de la forma social capitalista, que supone también la institución de un nuevo nexo familiar donde se garantiza la reproducción social. A pesar de que esta separación es dinámica y flexible (por ejemplo, existe una tendencia a la socialización de la niñez y la crianza a manos de la escuela, los medios de comunicación, etc.), sin embargo, permanece como un fundamento económico (y no sólo ideológico o cultural) de la sociedad capitalista existente hasta el momento. La reproducción social no tiene que confinarse por fuerza a la familia, pero se ha realizado allí históricamente y no existen, de momento, formas de relevo completamente desarrolladas. Es preciso, por lo tanto, prestar atención tanto a la disolución tendencial de los lazos de dominación personales como al rol de la familia nuclear heterosexual y patriarcal en la reproducción social. Asimismo, sobre esta separación entre trabajo creador de valor (masculinizado) y actividades reproductivas (feminizadas, realizadas en la familia) se constituyen en parte las identidades de género en el capitalismo. De este modo se refuerzan binarismos heteronormados relevantes para el modo como las personas construyen sus identidades en la sociedad capitalista.

Según Pablo Ben, “hoy puede plantearse que el texto de D’Emilio ha quedado presa de su época” (Ben, 2006: 54), fundamentalmente porque parte de una concepción reduccionista de la identidad gay, sin desplegar una mirada menos rígida sobre el género y la orientación sexual. Su

trabajo hoy debería ser actualizado con las formulaciones de la teoría queer y las críticas a las políticas de la identidad. Estas limitaciones, sin embargo, no impugnan el argumento fundamental de D'Emilio. La tesis de que la eclosión de los lazos de dominación personal contribuyó a debilitar, aunque no inmediatamente a destruir, a la familia patriarcal heterosexual ofrece un marco poderoso para comprender cómo el capitalismo no solo genera formas propias de opresión de género, sino que también hace posible su dinamización y cuestionamiento parciales.

2.b) Capitalismo, patriarcado, heterosexismo

En las secciones anteriores traté de recorrer dos movimientos conceptuales en la clarificación del vínculo entre capitalismo y género. Primero reconstruí, siguiendo a Butler y Scholz, cómo se estructura un patriarcado específicamente capitalista ligado a la separación entre las esferas de la producción y la reproducción sociales. Traté de mostrar con Pérez Orozco que los géneros modernos son constituidos como tales en esa separación. El binomio varón/mujer es constituido sobre la base de la escisión entre cuidados y trabajo creador de valor, generando no sólo privilegios de género sino *las identidades hegemónicas como tales*. En la sección de arriba sostuve que, contradictoriamente con lo anterior, el capitalismo también genera las condiciones de posibilidad objetiva para los procesos de pluralización, hibridación y multiplicación de las identidades de género que acontecen con la modernidad. El capitalismo en su forma histórica efectiva produce un tipo específico de dominación patriarcal y heterosexual, ligada a la constitución de la familia nuclear como unidad "normal" de reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, también hace retroceder las formas de dominación personal y crea un nexo social anónimo y objetivado donde pueden emerger otras identidades y formas de vinculación con el género y la sexualidad, que no se adecuan completamente a la matriz heterosexual (identificación de sexo, género y orientación sexual). En cuanto los vínculos sociales en el capitalismo pasan a estructurarse a partir de relaciones impersonales, anónimas y abstractas, es posible para los individuos construir trayectorias de vida e inventar identidades en ruptura con la familia heterosexual que el capitalismo histórico.

Con lo anterior es posible volver sobre el viejo debate en torno a la unidad o duplicidad sistémica en el vínculo entre capitalismo y patriarcado, articulándolo en una perspectiva no-heteronormativa de inspiración queer. El histórico contrapunto entre Heidi Hartmann (1983) e Iris Young (1992) constituye una referencia clásica en el debate sobre la relación entre capitalismo y patriarcado. Hartmann elabora una primera versión de la teoría del sistema dual: capitalismo y patriarcado serían dos lógicas de dominación independientes, que se han adecuado históricamente la una a la otra, pero pueden experimentar tensiones entre sí. "Sea o no la división patriarcal del trabajo, dentro y fuera de la familia, intolerable 'en última instancia' para el capital, lo que sí es cierto es que está configurando al capitalismo hoy" (1983: 22). Para Young, por el contrario, capitalismo y patriarcado configuran un único orden social basado en la "separación de la actividad productiva de las relaciones de parentesco con la consiguiente creación de dos esferas de vida social" (1992: 4).

Gayle Rubin, en un artículo bien conocido, aborda este punto de manera esclarecedora. "El análisis de la reproducción de la fuerza de trabajo no explica por qué son generalmente las mujeres las que realizan el trabajo doméstico, y no los hombres" (1986: 101). En síntesis, la adscripción de las mujeres a las actividades reproductivas surge de las peculiaridades culturales e históricas bajo las que se dio históricamente la reproducción. Sin embargo, a pesar de esta salvedad, no puede hablarse de dos sistemas sociales diferentes (el capitalismo por un lado y el patriarcado por otro), ya que *no es posible definir la dominación masculina y heterosexual moderna con prescindencia de las categorías sociales capitalistas*. Se trata de una forma de dominación de género ligada históricamente al surgimiento del capitalismo, la escisión entre el trabajo creador de valor y las actividades reproductivas y la constitución de la familia burguesa como unidad normal de reproducción de la fuerza de trabajo.

Ahora bien, es necesario también contemplar la contracara del desarrollo del capitalismo para las relaciones de género, ligada a su carácter dinámico y parcialmente disolvente de los lazos de dominación personales. Como dice Antoine Artous: “hay que guardarse de tener una visión lineal, unilateral, en cuanto al proceso aportado por la sociedad capitalista respecto de la vieja sociedad” (1982: 47). El capitalismo constituye un tipo de identidades de género dominantes ligadas a la escisión entre las esferas del trabajo creador de valor y la reproducción social. Si el género no surge de la expresión de una esencia preexistente, las actividades económicamente escindidas del trabajo y las tareas domésticas son ámbitos significativos donde se desempeñan la masculinidad y la femineidad hegemónicas. Sin embargo, esta misma sociedad genera *también las precondiciones sociales para cierto cuestionamiento de esa dominación*. Siguiendo a Postone y D’Emilio, la forma de mediación social anónima e impersonal capitalista, que desplaza los vínculos de dominación personal, también habilita trayectorias biográficas y construcciones de la identidad en disputa con la norma patriarcal heterosexual organizada en la familia. Las relaciones sociales objetivadas, abstractas y organizadas en torno a la igualdad formal se instancian también en el ámbito del género, donde son posibilitadas luchas igualitaristas y dinámicas que tornan a las identidades de género más fluidas y plurales. Esto genera las condiciones para el cuestionamiento de los privilegios masculinos heterosexuales ligados históricamente al surgimiento del capitalismo y articulados con él, así como para la *parcial dinamización de las identidades de género heredadas*. El capitalismo se construye sobre la base de relaciones de dominación masculina heterosexual *que le son específicas*, basadas en la normalización de la familia como unidad de reproducción separada de la producción de valor. Sin embargo, también posibilita la aparición de nuevas identidades que rompen con esa normalización. “Nada nos permite afirmar que la familia en sí, como lugar de reproducción de la fuerza de trabajo, sea indispensable para el funcionamiento del sistema” (Artous, 1982: 82).

3) Coda: afirmación y transformación de la identidad

Antes de concluir, voy a recuperar los aportes de Nancy Fraser en torno a la “deconstrucción” del género como *perspectiva emancipatoria* que puede formularse en términos histórico-concretos a partir del análisis categorial de las relaciones de género capitalistas. Las ideas de Fraser permiten construir una perspectiva emancipatoria adecuada a la reconstrucción de arriba, con la salvedad de que, desde una lectura categorial del capital, esa perspectiva no se basaría en consideraciones normativas abstractas sino en una lectura de la contradicción entre potencialidades emancipatorias y formas opresivas creada por el capital. La autora presenta dos grandes estrategias para pensar la lucha social y política contemporánea: la afirmación y la transformación. Para contextualizar mínimamente su pensamiento, Fraser intenta pensar a contrapelo en un mundo que caracteriza críticamente como “postsocialista”, esto es, signado por un retroceso general de las luchas contra el capitalismo (o incluso contra la desigualdad económica) y un avance relativo de las políticas de la identidad y las luchas de “nuevos movimientos sociales” no centradas en reivindicaciones económicas. Su diagnóstico de este contexto es que la aparición o profundización de nuevos ejes de conflicto no centrados económicamente es saludable, pero se vuelve riesgosa si se unilateraliza en detrimento de las luchas “económicas” (entendidas como luchas redistributivas). Fraser intenta recuperar lo más valioso de la pluralidad de identidades y perspectivas de conflicto que trascienden las miras del marxismo tradicional, pero a la vez resistir el fácil acomodo de las políticas de la identidad al contexto de hegemonía neoliberal. Busca elaborar criterios de justicia comprensivos que puedan dar cuenta de las desigualdades económicas y de las formas de dominación basadas en valoraciones de estatus o patrones culturales. Sin adscribir a su “dualismo perspectivo” (la tesis de que las injusticias en la sociedad moderna tienen raíces económicas y culturales *diferenciadas*)

pretendo recuperar someramente su elaboración sobre estrategias de cambio social, que considero sumamente fecundas.

Las estrategias afirmativas son aquéllas que buscan remediar los efectos de desigualdad en la sociedad “sin tocar las estructuras subyacentes” (Fraser, 2006: 72). En cambio, las estrategias transformadoras discuten precisamente “el marco generador subyacente” (Fraser, 2006: 72). No se trata de la diferencia entre reforma y revolución o entre cambio social gradual y brusco, sino entre transformación de los marcos sociales generales que generan la dominación, por un lado, y lucha contra los efectos de desigualdad generados por esos marcos, sin cuestionar los marcos mismos, por el otro.

Paradigmáticamente, las estrategias afirmativas llevan a lo que Fraser llama “multiculturalismo dominante”, donde una pluralidad de identidades son “reconocidas” en un marco igualitario, dejando intactas las construcciones de esas identidades así como las diferencias entre ellas. La estrategia transformadora, que Fraser llama “deconstructiva”, pone en cuestión las oposiciones simbólicas y materiales que estructuran las identidades establecidas como tales. “En vez de limitarse a elevar la autoestima de quienes son reconocidos erróneamente, desestabilizaría las diferencias de estatus vigentes y cambiaría la identidad de *todos*” (Fraser, 2006: 73-74, cursivas originales). Mientras que una política de la identidad, por ejemplo, LGBT, busca mejorar la posición de las subjetividades excluidas bajo la heteronorma, una política deconstructiva o “no convencional” busca “deconstruir la oposición binaria entre homosexualidad y heterosexualidad” (Fraser, 2006: 74).

Las políticas deconstructivas evitan naturalizar las identidades heredadas, comprendiendo que tanto las identidades sociales son construidas y por lo tanto variables, susceptibles de ser transformadas. Las políticas deconstructivas permiten mantener una mirada más abierta y menos esencialista sobre la identidad, sin cerrar la puerta a reelaboraciones y apropiaciones ulteriores de las subjetividades construidas y heredadas. Una política deconstructiva o transformadora del género implica la mayor apertura a la exploración democrática de las múltiples posibilidades en la construcción de la sexualidad.

Conclusión y perspectivas

Este trabajo recorre dos grandes movimientos conceptuales, que se articulan en la tesis de que el capitalismo mantiene una relación *contradictoria* con las relaciones de género. Por un lado, los géneros hegemónicos modernos son gestados en una modulación ligada a las categorías del capital. En efecto, solo en el capitalismo aparece la separación entre el trabajo productor de valor y el trabajo doméstico. El primero se basa en relaciones anónimas, objetivadas y abstractas, mientras que en el segundo se imponen relaciones de dominación personal o directas. La familia patriarcal heterosexual se levanta entonces como la *forma normal de reproducción social*, en cuyo marco se organizan también las identidades de género hegemónicas modernas. *Lo que significan las identidades masculinas y femeninas dominantes, entonces, se redefine en el capitalismo en relación con la escisión generizada entre trabajo creador de valor y tareas reproductivas desvalorizadas*. La escisión del valor mentada por Scholz es el proceso dominante de constitución de los géneros modernos y no solo de asignación económica de géneros previamente constituidos. En este punto, la articulación entre la teoría queer (con el giro de Butler hacia la crítica de la familia heterosexual como forma de reproducción) y el marxismo feminista (con los planteos de Scholz y Pérez Orozco leídos en clave de constructivismo del género) permiten comprender *cómo el capitalismo construyó históricamente un tipo de familia patriarcal-heterosexual y un conjunto de formas de construir las identidades de género dominantes asociadas a ella*.

Con todo, *el proceso del capital sobre el género es dual y complejo*. Así como instituye históricamente un tipo de familia heterosexual y un conjunto de identidades asociadas, la sociedad capitalista efectivamente ha tendido a disminuir el peso de las relaciones de dominación personal

o abiertas entre las personas por la mutación de las formas de mediación social en la economía creadora de valor. *Al organizar las formas sociales a partir de coacciones impersonales, anónimas y abstractas fundadas en la independencia personal entre los particulares, el capital también genera las precondiciones para una pluralización limitada de las identidades de género.* Los particulares pueden entonces elaborar sus prácticas y afectos de maneras parcial pero efectivamente más heteróclitas, en un proceso que hace posible la constitución de nuevas identidades también modernas, como la identidad gay. El capital, al tiempo que presupone históricamente a la familia como unidad de reproducción y por ende tiende a imponer la normalidad heterosexual y el patriarcado, también genera las bases para algunas formas de dinamización y pluralización del género (aunque el proceso no ha suprimido, hasta el momento, por la continuidad de la norma familiar y por las propias coacciones de la lógica del capital).

La relación entre capitalismo y género es, por lo anterior, contradictoria. El capital ha presupuesto históricamente una forma de dominación personal masculina-heterosexual organizada en torno a la familia (y constituido las identidades de género hegemónicas de modo acorde). Al mismo tiempo, ha sentado las bases para cierto cuestionamiento de esa dominación sobre la base del retroceso de las formas de mediación social abiertas (fundadas en el poder directo entre particulares o grupos), haciendo posible la emergencia de nuevas identidades e incluso la fluidificación de la identidad como tal. En este punto, es posible situar las políticas deconstructivas, mentadas por Nancy Fraser, en el marco de los proyectos emancipatorios que se tornan posibles sobre la base de las dinámicas sociales del capitalismo. La crítica a la escisión-valor que feminiza el trabajo reproductivo y el horizonte queer de la dinamización del género pueden, entonces, coincidir sobre la base de una comprensión de la dualidad relacional entre capitalismo y patriarcado heterosexual.

Comprender el proceso dual o contradictorio del capitalismo con respecto al género ilumina algunas cuestiones importantes sobre el sentido de la teoría crítica de la sociedad. Ante todo, es falso que el capitalismo sea históricamente indiferente al género. Luego, la crítica del capitalismo no puede limitarse a cuestionar la dominación de las personas por estructuras sociales fetichizadas, objetivadas y que se reproducen con prescindencia de los individuos. Es preciso impugnar las *formas de dominación masculina y heterosexual* que se asocian históricamente a la expansión del capital y se configuran en torno a sus categorías sociales. Esta lectura hace posible delinear una teoría crítica de las relaciones de género en el capitalismo. A partir del análisis anterior es posible reformular la crítica social inmanente en términos de una *teoría crítica de las relaciones de género en el capitalismo*. La sociedad capitalista ha gestado tanto una forma propia de dominación heterosexual masculina, como las condiciones de posibilidad para cuestionar esa dominación. Se puede, entonces, formular una *crítica inmanente* de la dominación patriarcal heterosexual asociada históricamente al capitalismo. Es preciso repensar la crítica social inmanente como crítica del nexo social fetichizado capital y a la vez como crítica de las opresiones particularistas que le están asociadas. Puede entonces aspirarse a la abolición de los dualismos generizados imbricados con la economía del capital, en el marco de una política deconstructiva de sesgo anticapitalista que trace alianzas y articulaciones.

Bibliografía

ARRUZZA, Cinzia: "Remarks on Gender", en **Viewpoint Magazine**, 2014, s/n. Recuperado en: <https://viewpointmag.com/2014/09/02/remarks-on-gender/>

ARRUZZA, Cinzia: **Las sin parte. Matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo**. Madrid, Syllone, 2015.

ARTOUS, Antoine: **Los orígenes de la opresión de la mujer**. Barcelona, Editorial Fontamara, 1982.

BEN, Pablo: "Presentación de 'Capitalismo e identidad gay'", en **Nuevo Topo**, Buenos Aires, Prometeo, 2006, N.º 2, pp. 50-57.

BRIANES CANSECO, Álvaro: "El patriarcado productor de mercancías: la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz", ponencia presentada en **IV Congreso de Economía Feminista, Universidad Pablo de Olavide**, Sevilla, 2013. Disponible online: https://patagonialibertaria.files.wordpress.com/2016/09/briales_alvaro.pdf (último acceso: 13/06/2018).

BUTLER, Judith: **Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity**. Nueva York, Routledge, 1990.

BUTLER, Judith: **Bodies that matter. On the Discursive Limits of "Sex"**. Nueva York: Routledge, 1993.

BUTLER, Judith: "Merely Cultural", en **New Left Review**, NLR Publishing, Londres, 1998, N.º 227, pp. 33-44.

DALLA COSTA, María Rosa y JAMES, Selma: **El poder de la mujer y la subversión de la comunidad**. Madrid, Siglo XXI, 1975.

DELPHY, Christine: **Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos**. Barcelona, La Sal, 1985.

D'EMILIO, John: "Capitalismo e identidad gay", en **Nuevo Topo**, Buenos Aires, Prometeo, 2006, N.º 2, pp. 57-74.

DRUCKER, Peter: **Warped. Gay Normality and Queer Anti-Capitalism**. Chicago, Haymaker Books, 2009.

FIRESTONE, Shulamith. **La dialéctica del sexo**. Barcelona, Kairós, 1976.

FARRIS, Silvia: "The Intersectional Conundrum and the Nation-State", en **Viewpoint Magazine**, 2015, s/n. Recuperado en: <https://viewpointmag.com/2015/05/04/the-intersectional-conundrum-and-the-nation-state/>

FEDERICI, Silvia: **Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria**. Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.

FITZMONDIS, Alejandro y STAROSTA, Guido: "La producción de la mercancía fuerza de trabajo", ponencia presentada en las **IX Jornadas de Economía Crítica**, Córdoba, Argentina, 2016. Recuperado desde: <http://www.sociedaddeconomiacritica.org/trabajos-de-las-jec/actas-digitales-ix-jornadas-economia-critica-xi-coloquio-la-sepla/>

FLOYD, Kevin. **The Reification of Desire. Toward a Queer Marxism**. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2009.

FRASER, Nancy: "Pragmatism, Feminism and the Linguistic Turn", en Benhabib, Seyla et al (eds.), **Feminist Contentions. A Philosophical Exchange**. Londres y Nueva York, Routledge, 1995 pp. 157-173.

FRASER, Nancy: "La justicia social en la era de la política de la identidad. Redistribución, reconocimiento y participación", en Fraser, N. y Honneth, A. **¿Redistribución o reconocimiento? Un debate filosófico-político**. Madrid, Ediciones Morata, 2006.

GROS, Alexis: "Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer", en **Civilizar** 16 (30), 2016, pp. 245-260.

HARTMANN, Heid: "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", en Fundación Rafael Campanas (publicación virtual), 1983, s/n. Recuperado en: <http://www.fcampalans.cat/uploads/publicacions/pdf/88.pdf>

LAFUENTE, Sara y OROZCO, Aamaia_ "Economía y (trans)feminismo; retazos de un encuentro", en AA.VV., **Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos**. Nafarroa, Txalaparta, 2013.

MANNING, FTC.: "Closing the Conceptual Gap: a Response to Cinzia Arruzza's «Remarks on Gender»", en **Viewpoint Magazine**, 2016, s/n. Recuperado en: <https://viewpointmag.com/2015/05/04/closing-the-conceptual-gap-a-response-to-cinzia-arruzzas-remarks-on-gender/>

MARTÍN, Facundo Nahuel: "Apuntes para una teoría de las relaciones de género en el capitalismo", en **Revista Reflexiones**, Costa Rica, Universidad de Costa Rica, 2017, Vol. 96, n° 1, pp. 109-120.

OKSALA, Johanna: "Capitalism and Gender Oppression: Remarks on Cinzia Arruza's «Remarks on Gender»", en **Viewpoint Magazine**, 2016, s/n. Recuperado en: <https://viewpointmag.com/2015/05/04/capitalism-and-gender-oppression-remarks-on-cinzia-arruzzas-remarks-on-gender/>

PÉREZ OROZCO, Amaia: **Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida**. Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

POSTONE, Moishe: **Time, Labor and Social Domination. A Reinterpretation of Marx's Critical Theory**. Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

PRECIADO, Paul B.: **Manifiesto Contrasesual**. Madrid, Editorial Ópera Prima, 2002.

PRECIADO, Paul B.: **Testo yonqui**. Madrid, Espasa, 2009.

RUBIN, Gayle. "El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo", en **Revista nueva antropología**, México, UNAM, 1986, Año VII, Nro 30, pp. 95-145.

SARGEANT, Lydia (ed.). **Women and Revolution: a Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism**. Black Rose Books, Boston, 1981.

SCHOLZ, Roswitha: "Wert und Geschlechterverhältnis", 1999, publicación virtual. Recuperada en: <http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=21&posnr=37&backtext1=text1.php>

SCHOLZ, Roswitha: "O valor é o homem", 1992 disponible online: <http://obeco.planetaclix.pt/rst1.htm>

SCHOLZ, Roswitha: "¡Fuera holgazanas! Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo", 1999a, disponible online: <http://obeco.planetaclix.pt/rst.htm>

SCHOLZ, Roswitha. "Wert und Geschlechterverhältnis", 1999b, publicación virtual. Recuperada en: <http://www.exit-online.org/textanz1.php>

SCHOLZ, Roswitha: "A nova critica social e o problema das diferenças", 2004, disponible online: <http://obeco.planetaclix.pt/roswitha-scholz3.htm>

SCHOLZ, Roswitha: "Die Theorie des Geschlechtlichen Abspaltungs und die Kritische Theorie Adornos" publicación virtual, 2006. Recuperada en: <http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=autoren&index=25&posnr=189&backtext1=text1.php>

SCHOLZ, Roswitha. "El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género", en **Constelaciones. Revista de Teoría Crítica**, Madrid, Sociedad Española de Teoría Crítica, 2014, N° 3, pp. 44-60. Recuperada en: http://www.constelaciones-rtc.net/05/05_04.pdf

YOUNG, Iris. "Marxismo y feminismo, más allá del matrimonio infeliz (una crítica al sistema dual)", en **El cielo por asalto**, Buenos Aires, Imago Mundi, 1992, Año II, N°4, pp. 43-69.